

# gustavo martínez zuviría maestro de américa

Por GUILLERMO FURLONG S. I.

*La muerte del doctor Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast) no puede dejar de enlutar nuestras páginas. Fue su primer colaborador en 1911 y su constante amigo. "Estudios" hace suyo el homenaje con que el R. P. G. Furlong honra su memoria de escritor, de argentino y de católico auténtico. — La Redacción.*

**D**e algunos años a esta parte, se ha pretendido dar el título de "Maestro de América" a no pocos hombres de relieve intelectual o de acción fecunda, nacidos en algunos de los países de prosapia hispana. Según los portorriqueños, corresponde esa gloria a Eugenio María Hostos, los ecuatorianos consideran que es gloria que corresponde a Juan Montalvo; según los cubanos a José Martí; a juicio de los chilenos, nadie como José Toribio Medina es digno de tal calificativo, y entre nosotros, no han faltado quienes han creído ingenuamente, que Domingo Faustino Sarmiento, era el más acreedor a tan alta clasificación.

El hombre que pretende ser maestro, ante todo y sobre todo, ha de ser hombre, esto es, ha de tener el entendimiento sometido a la verdad, y la voluntad sometida a la moral, y ya que se trata

de hombres que vivieron y actuaron en países fundamentalmente cristianos y católicos, ha de tener todo lo dicho, dirigido y elevado por la fe. Cuando a esto se llega, se tiene al hombre completo, al hombre por excelencia, y que con sólo quererlo, será en verdad un maestro.

En un hombre y en un maestro de esa tesitura, humana y divina, la razón da luz, la imaginación vivifica, la religión diviniza.

Tal fue, entre nosotros, el caso de José Manuel Estrada, en las postrimerías de la pasada centuria, y ése ha sido el caso de Gustavo Martínez Zuviría, desde principios de este siglo, hasta el día de ayer, con la enorme ventaja a favor de éste de haber contado con un auditorio incomparablemente más amplio e incomparablemente más deseoso de escuchar sus lecciones.

Como hombres, sería difícil discernir el primer y segundo puesto, pero en cuanto a los alcances de sus lecciones verbales, Martínez Zuviría no ha tenido rival en lengua castellana y en la América Hispana. Su nombre de pluma "Hugo Wast" es tan popular como el que más en los llanos de Casanave que en el Altiplano peruano, entre las gentes del Caribe como entre las de la Patagonia.

No hay persona de alguna cultura, que no haya leído *Flor de Durazno*, aparecido en 1911, y que en 1954 lleva ya 31 ediciones con un total de 194.000 ejemplares, o *La Casa de los Cuervos*, que entre 1916 y 1954 ha tenido 26 ediciones con 167.000 ejemplares, o "*Los ojos vendados*" (1921), que ha sido reimpresso 11 veces, y ha tenido un tiraje total de 118.000 ejemplares, o *Fuente Sellada* (1914), de 17 ediciones y 115.000 ejemplares, o *Desierto de Piedra* (1925), e 18 ediciones con 102.000 ejemplares, o alguna otra de sus tantas novelas igualmente populares, ya que todas ellas han tenido diez o más ediciones con tirajes que se acercan o pasan de los cien mil ejemplares. De Hugo Wast no se puede decir que es un best-seller, sino que es el best-seller, y es probable que él solo, haya superado en la venta de sus novelas a todos los demás novelistas hispanoamericanos tomados en conjunto. Lo cierto es que el millón de ejemplares de sus tantas novelas, han contado con muchos millones de lectores.

El Maestro de América contó con un auditorio inmenso y es fácil poner de manifiesto dos hechos: cada una de sus novelas, sin moralizar, moralizó, y cada uno de los lectores de las mismas, después de leerlas, se sintió espiritualmente, y aún humanamente mejor. Para ciertas gentes, Hugo Wast es vulgar, por la simple razón de que no perdió su tiempo inventando una filosofía pequeña, teniendo como tenía, desde que salió del Colegio de la Inmaculada en la Ciudad de Santa Fe, una filosofía grande, y como ha expresado muy bien Chesterton, nueve de cada diez hombres verdaderamente grandes, han compartido una misma filosofía con los hombres del montón.

Ese fue uno de los grandes secretos de Hugo Wast. Habló en cristiano.

Otro de sus grandes secretos fue el hablar en castellano llano y sencillo, sin afectación alguna. Es arroyuelo de agua cristalina sin mezcla alguna. Agua pura y limpia.

Habló en cristiano y en castellano, y jamás manchó página alguna con torpezas y lujurias, que tantos consideran imprescindible en una novela y jamás atropelló la moral y la doctrina católicas, ni hay en tantas páginas una burla de lo religioso; antes por el contrario, las cosas de Dios y las prácticas piadosas son respetadas y estimadas.

Esa es quizás una de las principales razones de la conspiración del silencio que se ha procurado hacer en torno a Martínez Zuviría, llegando a clasificarlo entre los novelistas de segunda o tercera categoría. Por otra parte, no se puede juzgar a un autor sacándolo de su época. Pero hay una tercera razón. Martínez Zuviría, enamorado de la verdad en primer término, y de la belleza, en segundo lugar, escribió contra todos aquellos que, de un modo u otro, envenenan la mente de la gente sencilla. Las líneas opacas, cuando no insidiosas, que en el día de su deceso le dedicaron algunos matutinos de Buenos Aires, testimonian una lamentable confabulación de silencio.

Un hombre de carácter, eso fue Martínez Zuviría desde los días de su juventud, cuando allá en 1903 combatió al Dr. Raúl Villarreal y publicó su primer libro *La creación ante la pseudo-ciencia*, hasta el día de su deceso, sin declinar a la diestra o a la siniestra. El "antes que brarse que doblarse", era su táctica, como hombre y como cristiano, y aunque caballero en la extensión más vigorosa de este vocablo, si era benigno con el pecador, era intolerante con el pecado. El jugarse todo, era una expresión que le cuadraba y según la cual pensó, amó, vivió y actuó.

Sabía que la tesis que presentaba para el doctorado en leyes, sería rechazada por no avenirse con los postulados liberales de la época, pero no cejó en demanda, y si bien fue en efecto rechazada, sabía él que, a la corta o a la larga, triunfa la verdad y ésta le coronó de gloria.



Como director de la Biblioteca Nacional comprobó el mito tocante al supuesto fundador de la misma y aunque sabía que el entonces Ministro de Enseñanza habría de rasgar sus vestiduras ante aserto tan irreverente, no titubeó en decir la verdad, pero toleró, por proceder de autoridad superior, el que en su misma presencia, y en un pintoresco acto de desagravio, se volviese a sostener el tan infundado mito.

Diputado Nacional no trepida en reconocer que los de su mismo partido han hecho votar aún a los muertos, y habla un lenguaje al que no estaban acostumbrados ni los llamados padres de la patria, ni los asiduos a la barra. Lo cáustico y hasta hilarante de sus respuestas, detiene a quienes pretenden corregirle o enmendarle, y Octavio Bunge comprobó que el ser agudo y travieso no se oponía al hecho de ser caballero, y caballero católico.

Como Ministro de Instrucción Pública, le cabe a Martínez Zuviría la gloria de haber declarado como pensador y como jurista, que la ley 1420 era antiargentina, antidemocrática, antipedagógica, hasta inhumana, y por otra parte, aptísima para engendrar una dictadura, ya que ella lo era en sí misma, y como Ministro de Estado, publicó el salvador decreto-ley 18.411 del 31 de diciembre de 1944, que lleva su firma, y la del entonces presidente de la Nación, Pedro Pablo Ramírez. La ley sancionada en marzo de 1947, conviene no olvidarlo, sólo ratificó aquel decreto-ley.

Gran acierto fue el del general Ramírez y de su Ministro Martínez Zuviría, ya que "el Estado, en su función específica de dirigir a los gobernados, escribe el doctor Gómez Forgues, no puede prescindir del hecho religioso".

Ni el doctor Martínez Zuviría, ni católico alguno ha pretendido ni pretenderá imponer la enseñanza religiosa a los no cristianos, sino, a los más, exponerla a éstos; obrar de otra suerte es-

taría en abierta pugna con el espíritu y con la doctrina de la Iglesia.

La dictadura posterior abolió la enseñanza religiosa en las escuelas, pero su existencia había demostrado en la forma más palmaria que el 90 por ciento de la población quería dicha enseñanza. Aún en las provincias menos religiosas, como Comodoro, Chubut, Misiones y Santa Cruz, más del 80 por ciento estaba a favor de la misma.

Como lo preveía el doctor Martínez Zuviría, ese 10 por ciento de ateos, liberales, comunistas, etc., levantarían el grito al cielo, y habrían de cubrirle con el manto de retrógrado, hasta apodarle el Torquemada argentino, pero sabía que había cumplido con su deber, y eso le bastaba.

"La verdad os librerá", y él la buscó, la siguió, la secundó, y ella le hizo libre, en la libertad de los hijos de Dios, única verdadera libertad.

Aún en las postrimerías de su larga, laboriosa y fecunda vida, tuvo el doctor Martínez Zuviría otra oportunidad de decir la verdad, y la dijo con valentía, y sobre base documental irrefutable. Por eso escribimos, cuando apareció la primera edición de Año X, que era ella una de las pocas páginas que se habían escrito de la verdadera Historia Argentina, y que si su autor no hubiera hecho en toda su vida otra cosa que escribir y publicar esa documentadísima monografía, podría estar satisfecho de que su existencia, lejos de ser vana, habría sido fecundísima.

Hombre de una sola pieza, y católico sin restricciones, y sin reservas, Martínez Zuviría, si fue dúctil y tolerante en las cosas superficiales, fue acerado y rectilíneo en las substanciales. No era una caña agitada por cualquier viento. Las cosas y los hombres no le gobernaban.

Por eso ni los contratiempos le aplanaban, ni los aplausos lo engrían. Jamás leía los elogios que se hacían de sus

egregias dotes literarias, ni de sus popularísimas novelas, tantas de ellas traducidas al inglés, francés, alemán, italiano, portugués, holandés, ruso, polaco, checo, esloveno, y aún a los idiomas más exóticos del Asia.

Su sencillez con todos, y su abajamiento a las gentes más modestas, hacían creer que Hugo Wast nada tenía que ver con Gustavo Martínez Zuviría. No "buscó la gloria y por eso mismo ella le siguió doquier, como jarás ha seguido a argentino alguno".

Cuando la Patria Argentina que desde

1884 ha perdido su ruta, vuelva, aunque sea después de las terribles crisis que ha sufrido en estos últimos decenios y después de los días de amargura y aún de trastorno, que le aguardan, a encontrar y seguir su camino tradicional, y que como Dionisio a Clodoveo le diga la verdad: "quemado lo que hasta ahora has adorado, y adora lo que hasta ahora habías quemado," surgirá la gran Nación apoyada sobre la verdad y la justicia y no titubeará en proclamar a Gustavo Martínez Zuviría. "El Maestro de América".

## comentarios

# esperanzas sobre el concilio

**D**ESDE el 25 de enero de 1959, fecha del primer anuncio del II Concilio Vaticano, los espíritus han pasado por diversas fases: estupor por parte de quienes pensaban que, definida la infalibilidad del Papa, no había necesidad de tales asambleas. Alegría de quienes lo esperaban e ilusión de quienes, un tanto cándidamente, imaginaban una inmediata unidad de todas las confesiones alrededor del Sumo Pontífice.

Al poco tiempo se tuvo la sensación de un freno en la marcha. Poco después, sin embargo, la creación del Secretariado para la unidad de los cristianos, bajo la

presidencia del Cardenal Bea, confirmó los ánimos.

A menos de ocho meses de su apertura, hay quienes se preguntan si la realidad no estará por debajo de las esperanzas. Pero ¿se puede hablar propiamente de esperanzas? La esperanza que se apoya en simples razones históricas, psicológicas o estratégicas no puede entrar aquí en juego. Sólo es auténtica la esperanza cristiana. Para el creyente, el Concilio es un acontecimiento sobrenatural, en el que el papel del Espíritu Santo será determinante: "Allí donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio



## ● COMENTARIOS

de ellos". La Iglesia entera se reunirá para un nuevo Pentecostés. Olvidar esto sería olvidar lo esencial del próximo acontecimiento.

## ● RESULTADOS YA OBTENIDOS

A propósito del anuncio y de la preparación del Concilio, se ha hablado de "La Iglesia en estado de Concilio". Este "estado" con todo lo que él implica de reflexión, de búsqueda y, sobre todo, de plegarias, constituye un fenómeno de vitalidad que es, desde el presente mismo, un resultado del Concilio. Se trata de un trabajo de maduración de los modernos problemas con que se enfrenta la Iglesia.

La Unidad de la Iglesia, puesta de manifiesto en la respuesta a la convocatoria, es otro resultado más. En otras épocas los Concilios se celebraban, con frecuencia, para definir doctrinas heridas por las distintas herejías. El II Concilio Vaticano, en unidad católica, buscará, ante todo, el acrecentamiento de la vida cristiana y la difusión del Evangelio. Tal vez jamás se había puesto tan de manifiesto la universalidad de la Iglesia. Baste recordar que participarán en él 150 Obispos de color (100 asiáticos y 50 africanos). En el I Concilio Vaticano todos los Obispos eran blancos.

El interés por el Concilio trasciende el campo de los creyentes. Los testimonios de los no católicos son reveladores. En la revista *Esprit* (diciembre de 1961) abundan declaraciones como las siguientes:

"El simple anuncio de este Concilio, ha suscitado entre los ortodoxos un vasto sentimiento de simpatía hacia la Iglesia Católica". (Nikita Struve).

"El anuncio del Concilio... apareció a los ojos de muchos cristianos como algo revolucionario en sí mismo. Muchos, fuera y dentro de la Iglesia Romana, pensaban que las decisiones de 1870 no eran conciliables con la institución conciliar". (Jean Meyendorff, profesor en el Seminario Ortodoxo de S. Wladimiro, New York).

"El anuncio del Concilio a manifestado fuerzas y promovido un dinamismo creador, hasta en los protestantes". (Roger Schutz, prior de la Comunidad de Taizé).

"La noticia de que el Papa ha convocado un Concilio, ha producido, sin duda, en muchos cristianos, verdadera sorpresa; más aún: un fuerte "shock". Quizás por esto mismo, la noticia fue mejor recibida. Parecía imposible la reproducción de un hecho tal en nuestros días, y he aquí que nos es anunciado para pronto". (Stephen Neill, antiguo Obispo anglicano de Tinnevely, India del Sur).

Podríamos multiplicar los testimonios de esta vasta fermentación religiosa, generalmente animada de espíritu positivo y de buena voluntad. Todo esto es ya un éxito anticipado del Concilio.

## ● ¿QUE ESPERA EL PAPA DEL CONCILIO?

Para que nuestra esperanza no sea presuntuosa veamos qué espera del Concilio quien siguiendo "una inspiración sobrenatural" realizó su convocatoria. S. S. Juan XXIII en la encíclica "Ad Petri cathedram", del 3 de julio de 1959, escribe:

"El fin principal del Concilio tenderá a promover el desarrollo de la fe católica, la renovación de la vida cristiana en los fieles y la adaptación de la disciplina eclesial a las condiciones de nuestro tiempo. Será, seguramente, un admirable espectáculo de verdad, de unidad y de caridad, cuya contemplación, será, así lo esperamos, para quienes están separados de la sede apostólica, una dulce invitación a buscar y encontrar la Unidad".

No se puede, por tanto, decir que el fin inmediato del Concilio sea el retorno a la unidad cristiana, como algunos pensaron incidentalmente. El fin mira a la fe católica, a la vida cristiana de los fieles, a la adaptación de la Iglesia a nuestros tiempos. Pero de la floración que se seguirá el Papa espera que resulte un retorno a la Unidad. La Unidad no se excluye, simplemente es un fin más lejano.

no. El fin último del Concilio, como de la Iglesia, es salvar a todos los hombres y Jesús oró para que todos sus discípulos fueran uno "a fin de que el mundo crea". Más que de técnicas o publicidad, los no creyentes necesitan poder contemplar esa caridad de los creyentes entre sí.

A veces se comenta que el Concilio ha sido apresurado, que los problemas no están suficientemente maduros. Lo curioso es que, por lo general, así opinan quienes acusan a la Iglesia de estar en retraso. Es cierto: no todos los problemas están igualmente maduros. Si hubiera que esperar esa maduración total el Conci-

lio sólo podría celebrarse al fin del mundo.

Otros presienten que será breve. ¿Habrán recibido confidencias del Espíritu Santo? Por lo demás, uno o diez años ¿qué son en el devenir de la historia?

En este momento crucial de la humanidad, el Concilio parece colocarse providencialmente en el instante en que el oleaje confusionista sube amenazadoramente. No es ni demasiado temprano ni demasiado tarde. Es el instante exacto citado por la Iglesia bajo la suave presión del Espíritu Santo. Es la hora de Dios que siempre es exacta.

## la prensa ante la crisis

**E**N toda nuestra crisis política que se ha desenvuelto con tanta acritud ha llamado la atención el que en muy pocos de los participantes se haya visto una verdadera elevación de miras y un olvidarse de los propios intereses para no tener presente sino el mayor bien del país.

Ante todo, el llamado "cuarto poder" del que modestamente formamos parte. En ningún momento sufrió la menor censura. Asistió a todos los mayores trances e inmediatamente aprovechó las distintas oportunidades no para ofrecer un aporte desinteresado sino para ratificarse en posiciones que, de alguna manera, se sabía habían contribuido a provocar la situación en que vivimos. Una crisis tan honda como la nuestra no nace de las faltas de una sola persona, sino de un ambiente de incomprensión mutua y de esfuerzos demasiado tirantes en contra del bienestar general. Frente a la crisis todos debemos meditar para comprender

cuáles han sido nuestros errores, los de cada uno. La prensa en general se manifestó más bien decidida a mostrar los errores de los demás, nunca los propios.

La información tendenciosa, los silencios bien calculados, crean un clima del cual ni siquiera los mismos actores de los sucesos pueden cambiar los efectos.

Hoy que se habla tanto de grupos de presión debemos tomar conciencia que, gracias a los avances de la democracia, todos tenemos un influjo más o menos grande en el gobierno y en la marcha general del país. Pero este crecimiento de influjo no puede ser correspondido sino con un aumento de responsabilidad y de servicio al bien común.

Han pasado, es cierto, los tiempos en que un editorial provocaba la caída de un ministro, pero no han pasado aquellos en los que una buena campaña de prensa crea un ambiente de desconfianza y aun de terror en determinados grupos.

Nuestra prensa corre el riesgo de mos-



trar una sola faz de los problemas debido, en primer lugar, al influjo de determinados intereses en su propia orientación. No olvidemos que la libertad de prensa es un derecho para todos, pero que en la realidad este derecho sólo lo pueden ejercer grupos de intereses muy fuertes que puedan arrostrar los ingentes gastos que demanda la publicación de un órgano eficaz de opinión. Detrás de cada

uno de los grandes diarios pueden verse claramente los grupos o los intereses que se mueven en busca de sus propios objetivos. Por lo general, estos intereses particulares, o de grupos, son respetables, pero cuando todo un país entra en crisis tales intereses deben disminuir la potencia de su voz para que únicamente se oiga la voz del verdadero interés nacional.

## el país no consultado

**A** lo largo y a lo ancho de todo el país hombres y mujeres de todas las clases sociales trabajan diariamente por su propio mejoramiento y para contribuir al progreso general de todo el país. Nuestro suelo permite que en todos los climas se encuentre ambiente donde el trabajo rinde. Esos hombres y mujeres han dado lo mejor de sí mismos en ese trabajo cotidiano. También se los ha llamado a cumplir funciones públicas: desde el cargo de maestro hasta el de diputados y aun presidentes de la Nación han estado y están ocupados por personas de todas las categorías sociales de nuestra población. No ha habido, entre nosotros, clases cerradas, ni exigencias que impidieran el avance de quien con trabajo, tesón e inteligencia pudiera acometer más altas empresas.

Pero en el orden político el país vive cada vez más convencido que todo se resuelve entre las escasas cuadras de un centro de población minúsculo que rodea la Casa Rosada. Todo sucede y se desarrolla entre esas cuatro paredes de un llamado centro de Buenos Aires que se ha erigido en el centro del país.

Mucho se ha hablado, y es bueno no dejarlo de mencionar, que Buenos Aires gobierna al país y que, desgraciadamen-

te, lo hace muy a menudo sin tener en cuenta a todo lo demás.

La crisis actual nos permite ver una agravación de ese sistema. Cabildeos entre grupos pequeños y todos ellos concentrados en la Capital resuelven a su gusto de lo que afecta a la suerte de mucha gente y para muchos años.

Así el país se siente traicionado. Se lo llama para el trabajo pero no para las responsabilidades más profundas. O cuando se lo llama es para colocarlo al poco tiempo nuevamente como espectador. Un pueblo así no puede crecer. No puede madurar. Se le interrumpe la educación que sólo se logra alcanzar con el ejercicio constante de las responsabilidades.

El problema de Buenos Aires y de la centralización de poder mantiene la situación de un país niño, o en el mejor de los casos, de un país adolescente. Pero esta misma situación es la que puede comprometer cada vez más las reacciones. Mañana puede ocurrir que al pretender dar una solución que no corresponda a lo que este país inmenso siente, los que asuman el poder se encuentren no ya con un país espectador, sino con un país que decide, por fin, tomar su destino en las propias manos.

## los últimos pasos

**D**ESDE que se escribió el editorial han pasado numerosos acontecimientos en nuestro país, pero creemos que no desmienten las líneas generales de nuestras conclusiones.

Conviene destacar algunos puntos. La aventura Rauch, sin resultados concretos, fuera de algún cambio de hombres, señala en forma clara los peligros de la intervención militar en cada uno de los problemas políticos. Pero mientras el general Rauch obtenía una victoria a lo Pirro, el plan político proseguía su marcha sostenido por elementos que se han manifestado decisivos. La renuncia del Dr. Martínez fue otra nota importante en cuanto señalaba el fin de la semilegalidad.

El comunicado del almirante Clement, el discurso del Dr. Guido y la orden del general Loza no dejaron lugar a dudas. El país se encuentra ante una dictadura. Los ribetes legalistas poco pueden disfrazar. La ley de acefalía debía ser modificada por el Congreso. No lo fue. Se modifica entonces por decreto. Las elecciones nacionales anuladas del mismo modo y se llama a nuevas elecciones, pero para 1964. En el orden económico, al doctor Pinedo sucede el Ing. Alsogaray. Más político el último, puede ser un eficaz elemento para calmar los ánimos en vastos sectores empresarios de mediano y reducido volumen.

En el orden laboral, el nombramiento del doctor Puente no lleva mayor confianza a los sectores sindicalistas que habían comenzado a entrar con esperanza a dialogar con el doctor Oscar Puiggrós, quien demostró en su breve paso por el Ministerio del Trabajo, un estilo de política poco común en nuestro medio y que supo frenar medidas que sólo hubie-

ran conseguido exacerbar los ánimos sin producir resultado alguno.

El gobierno concluye laboriosamente de integrarse. Apoyado solamente por las fuerzas armadas y grupos minoritarios, deberá funcionar a medias. Los partidos políticos mayoritarios seguramente lo dejarán realizar su función administrativa mientras se dedican con todo entusiasmo a preparar la elección del '63. También contará el Gobierno con el apoyo de la prensa seria, otro grupo minoritario.

Los peligros de esta situación los anota el almirante Clement a otro propósito: la desconfianza respecto de las formas democráticas.

El paralelismo entre 1930 y 1963 es significativo. ¿Será ahora la Marina la encargada de encauzar al país? Los últimos hechos así lo demuestran. Si la intervención del Ejército en 1930 provocó el período en que las formas democráticas quedaron de lado y, como última consecuencia, una elección libre y custodiada por las Fuerzas Armadas que dio el triunfo a Perón, ¿qué consecuencias tendrá la intervención de la Marina en 1962? No somos profetas, pero no hay duda de que estas similitudes deben hacer pensar tanto a los altos mandos como a todos los jefes y oficiales navales. No se puede gobernar teniendo en cuenta, como se debe, el bien común sin referirse y respetar a todos los sectores de la población. Pretender ser demócratas y legalistas dejando de lado las leyes y la democracia, es engendrar la duda y crear la arbitrariedad. Pero cuando el ejemplo viene de arriba, se generaliza muy rápidamente. No quisiéramos para nuestra Patria el juego continuo de la ilegalidad y la arbitrariedad. Los jefes militares y sus asesores civiles enfrentan hoy en día una grave responsabilidad.